



REVISTAS CIENTÍFICAS
de la Universidad Católica del Norte.
revistas.ucn.cl



 <https://ror.org/02akpm128>

 10.22199/issn.0719-8175-5877

CUADERNOS DE TEOLOGÍA
Universidad Católica del Norte

ISSN: 0719-8175 (En línea)

Laudato Si': cinco preguntas existenciales para un diálogo intergeneracional

Laudato Si': five existential questions for intergenerational dialog

José Raúl Ramírez Valencia¹  <https://orcid.org/0000-0002-8933-0676>

Luis Fernando Fernández²  <https://orcid.org/0000-0001-5639-3534>

¹Universidad Católica de Oriente, Rionegro, Colombia. Miembro del Grupo de Investigación Humanitas. Doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana  jramirez@uco.edu.co

²Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia. Profesor en la Escuela de filosofía, teología y humanidades. Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Pontificia de Salamanca  luis.fernandez@upb.edu.co



Resumen:

Se abordan las cinco preguntas existenciales que propone el papa Francisco en *Laudato si'*, donde, de forma filosófica y teológica, profundiza en la importancia de la responsabilidad intergeneracional. Para responder a estas preguntas se analizan los conceptos de casa, hermana, madre y común, en relación con la ecología. Se enfatiza en que el ser humano está inmerso en una sociedad individualista y utilitarista, que se pregunta más por lo pragmático y lo útil que por lo existencial, y cuando esto sucede tanto la sociedad como el planeta se ven afectados. La reflexión al final propone la importancia de una antropología que piense y se responsabilice de las generaciones en armonía con la casa común.

Palabras Clave: casa común; ecología y persona humana; antropocentrismo desviado.

Abstract:

The five existential questions posed by Pope Francis in *Laudato si'* are addressed. In a philosophical and theological fashion, he goes deeper into the importance of intergenerational responsibility. To answer these questions, the concepts of house, sister, mother, and common are analyzed in relation to ecology. Emphasis is put on the human being submerged in an individualistic and utilitarian society, which wonders more about the pragmatic and useful than the existential and, when this occurs, both society and the planet are affected. The final reflection poses the importance of anthropology which ponders and is responsible for generations living harmoniously with the common house.

Keywords: common house; ecology and human being; deviated anthropocentrism.

Fecha de recepción: 07 de febrero de 2023 | Fecha de aceptación: 09 de junio de 2023

Introducción

El papa Francisco (2015) entregó al mundo la encíclica *Laudato si'*, documento con el que profundizó en el tema de la ecología, a diferencia de otros papas que, dentro de la Doctrina Social de la Iglesia, lo abordaron, pero no de forma directa y sistemática. En esta encíclica, el pontífice enfatizó que el problema ecológico tiene como raíz una crisis social causada por el antropocentrismo desviado, que trae consigo estilos de vida nocivos que se manifiestan en un individualismo dañino que afecta a la casa común donde van a convivir tanto las generaciones actuales como las venideras. En consecuencia, si se quiere afrontar el problema ecológico se debe comenzar por analizar el modelo antropológico que sustenta dicha crisis.

El texto presenta una mirada a la encíclica que aboga por una ecología integral, a partir de la pregunta existencial del ser humano por su *ser* y *hacer* responsable en una sociedad que separa la crisis antropológica de la crisis ambiental. Para ello, el artículo se centra en cinco preguntas que cuestionan el individualismo-consumista que solo piensa en el presente, sin incluir el sentido de la vida ni tampoco a las nuevas generaciones. Estas son las preguntas: “¿Qué tipo de mundo queremos dejar a quienes nos sucedan, a los niños que están creciendo? [...] ¿Para qué pasamos por este mundo? ¿Para qué vinimos a esta vida? ¿Para qué trabajamos y luchamos? ¿Para qué nos necesita esta tierra?” (Francisco, 2015, art. 160). Si no está latiendo esta pregunta de fondo, no creo que nuestras preocupaciones ecológicas puedan lograr efectos importantes; pero si esta pregunta se plantea con valentía, nos lleva inexorablemente a otros cuestionamientos muy directos: ¿Para qué pasamos por este mundo?, ¿para qué vinimos a esta vida?, ¿para qué trabajamos y luchamos?, ¿para qué nos necesita esta tierra?

El escrito también busca analizar estos interrogantes teniendo presente los conceptos de *hermana*, *cuidado*, *madre* y *acogedora* con respecto a la *ecología* como casa común. Al ahondar en las preguntas, concluye que si el hombre se instala en el aquí y en el ahora sin asumir estos interrogantes existenciales, maltrata la casa común afectando el principio de justicia y solidaridad tanto con las generaciones actuales marginadas como con las generaciones venideras, pero si asume su vocación de peregrino desde una ética eco-solidaria y desde una postura antropológica que parta del presupuesto humanista, la dimensión dialógica y el enfoque solidario, como lo propone Beorlegui Rodríguez (2004), el ser humano habitará una casa común donde todas las generaciones y todos los seres vivos puedan vivir en armonía.

1. Quien pregunta se proyecta

El preguntar es un fenómeno específicamente humano y muestra que la humanidad no está ligada al entorno, sino abierta al mundo con la intención de superar la inmediatez y de conocer lo que lo rodea; del preguntar surge el diálogo y la admiración. La pregunta del hombre sabio no se queda en

lo secundario, sino que convoca a lo esencial: ¿qué sentido tiene esto con lo que me encuentro? Según Esquirol Calaf (2019) cuando preguntamos, rogamos, y cuando respondemos, amparamos. En consecuencia, el preguntar es una categoría antropológica que manifiesta la hondura y la apertura de cada persona al diálogo con lo que lo rodea.

La autosuficiencia del hombre moderno ha subestimado y tergiversado la pregunta, su foco de interés se reduce al dato y a lo útil, y cuando pregunta y responde impone y decreta. En este sentido, según Han (2021) cuando el hombre pregunta se centra en la cultura del “*infodato*” y la “*infoesfera*” que expresa la obsesión por la información y la estadística, más no en la esencia de las cosas; por consiguiente, las preguntas existenciales que confrontan y dinamizan al hombre pasan a la realidad de lo periférico sin importar el sentido de la vida.

Desde otra perspectiva, para Ortega y Gasset (2004), la pregunta constituye un hablar incompleto en busca de una respuesta, cuando se pregunta se solicita que se hable, y al hablar el ser humano se describe y se desvela. La pregunta es el habla en su *status nascens*, mientras que el dato aprisiona la realidad y deja al margen el misterio. El hombre es misterio y solo se esclarece para sí mismo y para la sociedad en cuanto se pregunte por su ser y no solo por sus datos biológicos o sociales. Además, la pregunta por quién es el hombre, sigue siendo fundamental, dado las visiones biologistas que no consideran al hombre como fuente de sentido y de valor.

El problema del hombre contemporáneo consiste en que no tiene preguntas y al no preguntarse no tiene proyecto. Según Laín Entralgo (1978), la pregunta incluye un proyecto y ninguna pregunta es inocente, vivir humanamente es conjugar la pregunta y el proyecto, por lo tanto, la pregunta es la expresión racional del proyecto y el proyecto es el fundamento existencial de la pregunta. Solo el hombre tiene proyectos y su preguntar no se reduce a las paredes de la sola existencia. El hombre es un ser en el mundo y toda pregunta, aunque acontece en el ser del hombre, tiene manifestaciones en las circunstancias que lo rodean. De acuerdo con lo anterior, sin pregunta no hay proyecto y la ausencia de proyecto propicia una realidad falaz sin peso antropológico, por tanto, la pregunta no es solo por quien es el hombre, sino también por lo que proyecta en el mundo.

El papa Francisco (2015), por su parte, en la encíclica sobre el cuidado de la casa común, propone cinco preguntas que inquietan al proyecto del hombre en cuanto proyección en el mundo. Las preguntas del papa, más que desencadenar un pesimismo antropológico o ecológico, ubican al hombre en su ser y su misión, lo convocan a la convivencia y a la coexistencia como expresión y gestación de la esperanza, pues quien se pregunta ya ha empezado a situarse y a coexistir con los otros. Desde esta perspectiva, el papa invita a crear proyecto intra e intergeneracional, a partir de la responsabilidad del cuidado de la casa común.

De acuerdo con lo anterior, se deduce que cuando no hay preguntas esenciales, tanto el hombre como su proyección existencial queda circunscrita a las opiniones del dato positivista y la sociedad se fragmenta al igual que las condiciones ambientales se deterioran.

2. Justicia y solidaridad intra e intergeneracional: un escenario por pensar

El papa Francisco (2015) al finalizar el capítulo IV de la encíclica *Laudato si'*, en consonancia con el magisterio de Benedicto XVI invita a pensar no solo en los pobres del futuro, sino también en los pobres del momento que tienen pocas esperanzas de vida digna, al respecto afirma: “además de la leal solidaridad intergeneracional, se ha de reiterar la urgente necesidad moral de una renovada solidaridad intrageneracional” (citado en Francisco, 2015, art. 162). Justicia y solidaridad entre las generaciones, son los dos pilares éticos que deben estar a la base de toda reflexión antropológica que busque un desarrollo sostenible humano solidario.

A la base de un desarrollo humano sostenible debe estar el reconocimiento tanto del origen común como del destino común, dado que muchos de los estilos de vida del hombre contemporáneo son expresiones del egoísmo que absolutiza las comodidades individuales e inmediatas que excluyen tanto a quienes están por venir como a quienes están marginados de los bienes necesarios para vivir en el momento presente. En este sentido, pensar de una forma intra e intergeneracional es propiciar nuevos estilos de vida que incluya, no solo a quienes están marginados y empobrecidos, sino también aquellos que aún no han llegado a la mesa de la vida.

La solidaridad y la justicia inter e intrageneracional son también temas imprescindibles a la hora de hablar de la ecología y del desarrollo sostenible. En otros tiempos, el paradigma inter e intrageneracional consistía en el encuentro y cuidado entre jóvenes, niños y adultos sin tener responsabilidad alguna con las personas que aún no habían nacido ni en aquellas desposeídas de lo indispensable para vivir. En este sentido, la encíclica *Laudato si'*, propende no solo por una dimensión intergeneracional que asuma los derechos de las futuras generaciones, sino que también pone el acento en la dimensión intrageneracional para que las personas marginadas del desarrollo sostenible tengan oportunidades dignas para el despliegue de sus capacidades. En consecuencia, según Martínez Martínez (2015), se hace indispensable reflexionar sobre las condiciones ambientales y sociales de las generaciones venideras y presentes, no solo desde una mirada de un desarrollo sostenible, sino que hay que complementarlo con un desarrollo eco-solidario partiendo de un presupuesto humanista que según Beorlegui Rodríguez (2004) implica partir de la diferencia ontológica y ética entre el hombre y las demás realidades de los seres vivos.

El papa Francisco, preocupado por el bien común y respondiendo al imperativo de un desarrollo eco-solidario con presupuesto humanista, plantea cinco preguntas esenciales: “¿Qué tipo

de mundo queremos dejar a quienes nos sucedan, a los niños que están creciendo? [...] ¿Para qué pasamos por este mundo? ¿Para qué vinimos a esta vida? ¿para qué trabajamos y luchamos? ¿Para qué nos necesita esta tierra? (Francisco, 2015, art. 160). Estas preguntas abren horizontes de responsabilidad tanto intra como intergeneracional y a la vez desestabilizan el modelo individualista que se considera valedero y eficaz.

A la base de estas cinco preguntas está presente un modelo antropológico que, según Beorlegui Rodríguez (2004), debe exigir el presupuesto humanista, la dimensión dialógica o comunitaria y el enfoque solidario. El presupuesto humanista implica aceptar que el ser humano posee una realidad ontológica cualitativa que lo diferencia de las realidades intramundanas y por ello posee una dignidad ética que lo hace cualitativamente más valioso que el resto de lo mundano. Con respecto a la dimensión dialógica, se enfatiza que el ser humano es persona y, por tanto, su razón humana no es una razón individualista e instrumental, sino que como razón dialógica y comunicativa está abierta a los demás según la visión de Buber y Habermas y, el enfoque solidario implica la responsabilidad por el otro en cuanto reconocimiento y búsqueda liberadora de fraternidad con aquellos que se encuentran excluidos según el pensamiento de Levinas. Hay una unidad en el pensamiento antropológico del papa Francisco en las dos encíclicas sociales tanto en la *Laudato si'*, como en *Fratelli tutti*. En ambas hay una apuesta por un humanismo dialógico y solidario. Sobre este tema ver el artículo *Fratelli tutti: sobre el fundamento antropológico de la encíclica del papa Francisco* de Prieto Santamaría (2020).

Estas preguntas desde el enfoque de Beorlegui Rodríguez (2004) unen el sentido de la existencia tanto personal como comunitaria con la responsabilidad del cuidado de la casa común, además, son preguntas antropológicas que confrontan la existencia del hombre no solo como habitante sino también como cohabitante de la casa común. Así mismo, estos interrogantes suscitan respuestas no desde la eficacia, sino desde el sentido de la vida en comunión con los otros, al tiempo que validan o invalidan las preguntas como las respuestas a nivel científico y social. Por tal razón, pregunta que margine el sentido de la vida dentro del contexto de la casa común posee un índice de sospecha y conduce a un cierto nihilismo ecológico y social que tiene como base la idolatría de lo actual sin ninguna responsabilidad colateral y de futuro. De igual forma, el papa Francisco con sus preguntas penetra el corazón del hombre y de la sociedad, de la respuesta a estos interrogantes se intuye el modelo de desarrollo y el puesto que ocupa el hombre dentro del sistema.

Ahora bien, para responder a estos interrogantes y desde una visión no solo eco-solidaria sino también humanista es necesario ahondar en los conceptos de hermana, madre, nuestra, cuidado y común, de lo contrario, las respuestas serán tecnicismos y en vez de provocar una alianza entre el hombre y el planeta tierra, susciten una tensión donde el hombre en lugar de sentirse como un huésped que cuida la casa se considere un ser marginado, nocivo o un intruso. En este sentido para

humanizar la relación entre el hombre y el planeta tierra son necesarios conceptos que acojan sin tensión y sin extremos la relación entre el hombre y el medio ambiente.

2.1. El concepto de *hermana*

El papa Francisco (2015) comienza su encíclica con una cita de San Francisco, patrono de la ecología, para establecer el horizonte de los seres humanos, no como dominadores, sino como responsables del cuidado de la casa común, a la cual llama *hermana*, dado que con ella comparte la existencia. El ser humano no es el único que existe en el planeta tierra, tampoco ha sido su primer habitante; ha llegado como fruto de un proceso de evolución y de adaptación; su existencia se entiende a partir de los otros y de lo otro. Boff (2004) hablando de la hermandad que surge en el planeta tierra plantea que cuando una persona o una cosa se hacen importantes para el otro surge un valor que moviliza las energías vitales. Por tanto, enfatizar en que el ser humano habita el planeta tierra en compañía de otros es abogar por una cultura que descubre en los seres vivos un cierto sentido de hermandad.

Cuando el hombre pierde la memoria de su indigencia y su horizontalidad existencial con los otros y con lo otro, se convierte en un ogro dominador y depredador que esquiva el sentido de la hermandad y pertenencia con los demás seres que existen en el planeta. Más que reclamos, el ser humano, tiene deuda y gratitud con la casa donde se hace real la existencia común, además de ser el escenario que posibilita la diferencia en la existencia. Por tal razón, el ver la casa común desde la óptica de la hermandad, hace que el ser hermano se oriente y actúe desde el ethos que ama y no que domina.

2.2. El concepto de *madre*

El otro concepto que utiliza el papa para referirse al planeta es "...*madre bella que [nos] acoge...*" (Francisco, 2015, no.1). *Madre*, porque da vida, se preocupa y cuida de cada una de las criaturas existentes. *Madre*, porque conoce y comprende cada una de las características y componentes de cada ser vivo. También, porque como madre sufre cuando uno de sus hijos actúa con violencia contra los indefensos de la casa. Por consiguiente, quien mejor conoce y cuida de cada uno de los rincones y de los seres que habitan la casa es la *madre*, sin ella, todo es incomprensible y fragmentario. Más aun, el hombre es hijo de la tierra, "Él, como homo (hombre) viene de humus (tierra fértil). Él es *Adám* (que en hebreo significa 'el hijo el de la tierra') que nació de *Adamah* (tierra fecunda)" (Boff, 2009, p. 28).

El planeta tierra, según el papa Francisco también es como una *madre* acogedora que extiende sus brazos, porque quien acoge no excluye y mucho menos descarta al otro, sino que ofrece lo que tiene y no se centra en su yo individualista, además comparte su espacio y llena de atenciones cuidadosas a todos los que llegan a su regazo. No es una *madre* usurpadora o invasiva, sino una *madre* acogedora que hace de sus brazos la extensión de su corazón acogedor. Así pues, la

casa común es una *madre* que en su forma de acoger da vida, esa es su esencia y su presencia. Sin ella, todos los seres vivos carecen del abrigo que los hace interdependientes y nosotros como seres humanos debemos cuidar su dignidad de Madre Tierra.

2.3. El concepto de *nuestra*

Se dice *nuestra*, no tuya, tampoco mía, muchos menos de los otros. La casa es *nuestra* en cuanto todos la habitamos y todos somos responsables de ella. El concepto principal es *todos*, pero un *todos* que convoca y conforma un nosotros; convoca en tanto que todos estamos llamados a construir la casa desde nuestras apuestas existenciales y, conforma, debido a que cada una de las acciones tienen su efecto en el nosotros. Según Esquirol Calaf (2019), “todos estamos llamados a hacer juntura, en cuanto que todos nos relacionamos, unimos y juntamos” (p. 175). Así, quien olvida tanto la experiencia como el concepto de lo *nuestro* termina enredado en un desaforado individualismo.

Se explicó el concepto de *hermana*, en cuanto existencia compartida; de *madre*, en relación a que extiende los brazos para acoger y de *nuestra*, en el sentido de que es de todos. Estos conceptos tienen su confluencia en la expresión: *casa* ¿Qué es una casa? Esquirol Calaf (2019) en su texto *La resistencia íntima*, dedica un capítulo a hablar de la *casa* como un sitio que centra y la vez sirve de refugio; ambas expresiones, centrar y refugiar, tienen que ver con el concepto de salvación. En este sentido, la casa centra al ser humano y lo salva de la inmensidad del mundo, pero opera también como refugio: en la casa el hombre se siente seguro y a salvo, a la casa no se va, a la casa se vuelve.

Cuando se dice *nuestra casa* más que hablar de posesión se expresa proximidad. Todos los elementos hacen que la creación como *casa* sea nuestra proximidad y salvación. El hombre cuando pierde la proximidad con la casa queda sumido en el abismo utilitarista, que no solo no respeta la naturaleza de las cosas, sino que las violenta hasta destruirlas y, aquello que era casa de salvación por la proximidad, se convierte en casa de perdición por el uso individualista sin perspectiva de responsabilidad. Por lo tanto, hay que tener presente que los seres humanos no son la única finalidad del planeta tierra y que la casa es más grande que el ser humano y él es solo un habitante con un alto grado de responsabilidad.

3. Cuidado de la casa común

La encíclica tiene como subtítulo, *sobre el cuidado de la casa común*. La primera reflexión en torno a lo *común* hace referencia a lo que está a la mano y que no es extraño ni extravagante, solo que en ocasiones el hombre se adueña y estropea aquello que es de todos con la mentalidad de que lo que es de todos no es de nadie. En contraste con esta postura está la de quienes reconocen que esto o aquello es de todos y buscan cuidarlo con intuición y responsabilidad. Con intuición, debido a que va tras la esencia de cada cosa y no se queda en la apariencia y, responsabilidad en cuanto se busca

prever y proveer a cada cosa de sentido antropológico. Desde esta perspectiva, lo común pertenece a todos, no a unos cuantos pocos, la casa no es propiedad privada de nadie y pertenece según la encíclica también a los pobres y a las generaciones venideras.

El concepto de común queda incipiente si no va unido al bien, por tanto, bien común es un principio fundamental que debe orientar el actuar de toda persona. Según Boff (2004), el concepto de bien común fue enviado al limbo por el imperio de las nociones de rentabilidad, flexibilización, adaptación y competitividad, donde el bien común es sustituido por el bien particular y la cooperación por la competitividad y lo único que queda en común es la guerra de todos contra todos. Mas aun, el bien común no puede limitarse solo al ser humano, sino que debe acoger a toda la comunidad terrenal y biótica con la que se comparte tanto el origen como el destino.

3.1. Me cuido cuando cuido

El *cuidado* de la casa común se manifiesta en el cuidado de sí. Cuando se ignora la finitud y la contingencia, se expande el narciso yo, que se impone como dominador y amo absoluto de la casa. Según Ortega y Gasset (2010), el yo no está para dominar, sino para dialogar con la casa, es decir, para cuidarla; “yo soy yo y mis circunstancias, y si no la salvo a ella no me salvo yo” (p. 757). Por lo tanto, para el autor, el yo no se impone, sino que dialoga y reconoce a los otros seres existentes y del encuentro con la circunstancia se establece el cuidado no solo del sujeto, sino también de la casa común.

También, para Ortega y Gasset (2010), “el hombre es un ser extraño, que necesita averiguar qué son las cosas en su derredor para poder saber quién es él en medio de las cosas” (p.379). La vida, para Ortega y Gasset, se compone de dos ingredientes: el yo y la circunstancia, tan real es el yo mismo como las piedras, plantas, animales y los otros hombres que se configuran como mis circunstancias. Por consiguiente, un hombre sin circunstancia, en este caso, la casa, no se sitúa, sino que permanece vagabundo, pero cuando la conoce, se sitúa y cuida la casa como casa y como circunstancia.

El problema del abuso de la casa pasa por la desorientación del ser humano entendida como una consecuencia del deficiente cuidado de sí, que tiene como causa el descuido de su relación consigo mismo. El hombre se realiza saliendo de sí, pero asienta su vida entrando en sí. En esta tensión reflexiva de salir de sí y entrar en sí está la importancia del cuidado, que se hace cura de sí, quien ha cuidado y curado de sí está en la capacidad de entrar en relación con el planeta tierra sin afectarlo, ni dominarlo, sino de sentirlo, pensarlo, amarlo y venerarlo, como dice Boff (2009).

El concepto de casa, según Levinas (1997), aunque se refiere a la interioridad como morada y desde donde sale el hombre al trabajo se relaciona también con el sentido de la casa común y el trabajo de cuidado que el hombre realiza en el planeta tierra. Para Levinas, el sistema de finalidades

en el que se mantiene el ser humano, en este caso la casa, ocupa un lugar privilegiado, dado que no consiste en ser el fin de la actividad humana, sino en ser condición, por tanto, la casa no se sitúa en un mundo objetivo, sino con relación a la morada interior, es decir, si el hombre está situado desde su mundo interior, la relación de trabajo con los seres de la casa común será de cuidado y de co-pertenencia. Según lo expuesto, el problema del antropocentrismo desviado escriba en que hombre no ha habitado el mundo desde la interioridad que sale a trabajar como expresión de la unicidad con la casa, sino como alguien que se quiere imponer y apropiarse.

Según Marcel (2002), filósofo existencialista, aunque no habla de cuidado, sino de recogimiento, el hombre es un ser en situación, sobre todo porque tiene la capacidad de recogerse, es decir, de entrar en sí y salir de sí mismo. Ser en recogimiento y ser en marcha, son los dos modos constitutivos indisociables y complementarios, por consiguiente, el hombre necesita recogerse para cuidarse y curarse y luego salir al cuidado y la cura de los otros y de las cosas.

Después del recorrido explicativo de los anteriores términos las cinco preguntas que el papa Francisco (2015) propone en *Laudato si'*, aparecen como escenario para repensar no solo al hombre y la ecología en un marco de un desarrollo sostenible, sino dentro de unas coordenadas del desarrollo eco-solidario humanista. Estas preguntas son existenciales puesto que confrontan al ser humano desde la libertad y desde cada una de las situaciones que implican un proyecto de vida común. Además, son preguntas que ponen de manifiesto que la cuestión ecológica se ha convertido en una cuestión antropológica, dado que afecta la forma de entendernos y la forma de vivir la relación con los demás y con la naturaleza.

4. ¿Qué tipo de mundo queremos dejar a quienes nos sucedan, a los niños que están creciendo?

Es una pregunta que convoca a pensar con responsabilidad un proyecto y un proceso que incluya a los más pequeños y a las nuevas generaciones. Según el papa la pregunta "...no afecta sólo al ambiente de manera aislada, porque no se puede plantear la cuestión de modo fragmentario. Cuando nos interrogamos por el mundo que queremos dejar, entendemos sobre todo su orientación general, su sentido, sus valores" (Francisco, 2015, art. 160). La pandemia puso a pensar en el mañana, no solo al científico, sino también al hombre de a pie en relación con su forma de vivir en sociedad, dado que se creía amo absoluto del hoy cuando solo era un prisionero de la inmediatez y la provisionalidad. La preocupación estaba centrada en el "nosotros del hoy", más no en los otros del mañana ni en los pobres marginados del presente, así mismo, la fuerza recaía en el nosotros de lo humano y no en el nosotros de los seres vivos. Esta primera pregunta sitúa al hombre en la continuidad del tiempo y en la responsabilidad intergeneracional, por consiguiente, la salvación de cada generación tiene su fuente en la responsabilidad con el presente de la casa común.

La fuerza de esta pregunta recae en el verbo *querer*, lo cual implica voluntad y decisión. Por tanto, el destino de la historia y de las nuevas generaciones depende de las decisiones y acciones de cada persona humana y de las decisiones políticas nacionales e internacionales. Hablar del *querer* humano es entrar en territorio de la libertad como realidad humana. La libertad es una experiencia relacional que se manifiesta en cada decisión y cuando el hombre absolutiza su poder con respecto a la naturaleza, sin pensar en el futuro y menosprecia la ética como morada, lega a las generaciones siguientes un mundo destruido, desértico y lleno de escombros, de la forma como el hombre se sitúa en el presente depende el porvenir de la casa común, ante esta realidad vale la pena la pregunta: ¿el porvenir tiene derechos?

Esta intuición la tuvo Hans Jonas, filósofo alemán de origen judío, al observar el creciente dominio técnico del hombre sobre la naturaleza. Jonas observó que la ética estaba centrada en la responsabilidad del hombre con el presente del prójimo y poco se vislumbraba la responsabilidad del hombre con la naturaleza y con el futuro de la humanidad. Al ver los atropellos que en nombre de la técnica el hombre cometía con la naturaleza, formuló el principio de responsabilidad: “‘Actúa de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica’, o expresándolo de modo negativo: ‘No pongas en peligro la continuidad indefinida de la humanidad en la Tierra’” (Jonas citado en Siqueira 2001, p. 279).

Este principio no piensa solo en la continuidad de la vida humana, sino que pone el acento en el cuidado de toda vida. Morin (2021), en el texto *Cambiamos de vía, Lecciones de la pandemia*, propende por la interdependencia de todos los seres vivos. Al respecto afirma: “...cuantos más dueños somos de la biosfera, más dependemos de ella; cuanto más la degradamos, más degradamos nuestras vidas” (p. 24). De acuerdo con esto, la nueva ciencia, llámase teología, biología, economía, pedagogía, ingeniería, o demás, deben entender que es toda la vida la que hay que cuidar y que la vida de las nuevas generaciones depende del cuidado de todas las vidas.

El principio de responsabilidad de Jonas centra su reflexión, también, en el accionar del ser humano. El ser humano, al actuar inspirado por un poder de dominio sobre la naturaleza sin ningún principio ético, puede causar desastres semejantes al de la Segunda Guerra Mundial como consecuencia de la absolutización de la razón instrumental que procuraba lo útil y lo eficaz hasta llegar a construir armas de guerra. Por lo tanto, el accionar del ser humano ha de ser, tanto para humanizar a cada persona, como para proteger todos los seres vivos, y en esta perspectiva, proteger los derechos de las nuevas generaciones que aún no conocemos pero que desde aquí y el ahora hacen parte de la casa común.

Esta primera pregunta también alude a la responsabilidad con el desarrollo tecnológico del momento, el cual, aunque ha crecido enormemente no coincide con el crecimiento humano, es decir, se privilegia el concepto de progreso sin límites sin tener en cuenta la dimensión humana, lo

que ocasiona tanto una crisis ecológica como antropológica. La anterior idea la toma el papa de Romano Guardini, pensador que está presente en la encíclica en diferentes numerales (Francisco, 2015, nos.105, 108, 115, 203, 209. Sobre este tema ver el artículo de Fayos Febrer, 2017). Este pensador constató como el hombre en la modernidad incrementó su poder técnico sobre la naturaleza y sobre el hombre, pero no surgió una ética que lo formara y le pusiera límites, se necesita reorientar el poder que el hombre tiene con la técnica para que en verdad trabaje a favor del hombre y no se lastime ni destruya la casa común. De acuerdo con lo que plantea Guardini esta primera pregunta alude al antropocentrismo desviado e incide en las demás y traza el horizonte tanto de comprensión como de respuesta.

5. ¿Para qué pasamos por este mundo?

El concepto clave en esta pregunta es el verbo intransitivo *pasar*. Este verbo indica la finitud y la transitoriedad del ser humano. Hoy somos nosotros, mañana serán otros, cada generación tiene su responsabilidad. El verbo *pasar* indica cruzar de un lugar a otro: primero aparece el venir, luego el pasar y por último el ir; pasa quien reconoce de dónde viene y a dónde se dirige. Sin el venir y el a dónde ir, el pasar es huérfano, carece de sentido. En consecuencia, el problema del hombre moderno está en querer pasar por el mundo sin preguntarse de dónde viene y para dónde va, desconocer estos dos polos: -ir y venir- es entrar en la prisión del nihilismo, el sin sentido de lo que se hace y de lo que se quiere.

Hay *pasares* que destruyen el mañana porque olvidan su realidad de pasar y buscan instalarse sin el horizonte del ir. Hay *pasares* que quieren instalarse en el aquí y el ahora, maltratan y distorsionan la esencia natural de las cosas. La raíz de un pasar sin sentido se encuentra en que el hombre ha perdido la dimensión de peregrino. Según Han (2015), el hombre moderno no quiere aceptar su realidad de peregrino, desconoce la diferencia entre aquí y allí, no avanza hacia un lugar, sino hacia un aquí mejor y distinto; el peregrino en cambio sigue un camino, “se libera del estar arrojado, y de aquel que lo arroja o lo proyecta, es decir, Dios” (p. 50). El peregrino pasa por los diferentes lugares sin adueñarse de ellos, es consciente que esos caminos y esa naturaleza le van a servir a otros caminantes.

El no reconocer un de dónde venir y un ir hacia dónde o hacia quién, hace que el sujeto viva desamparado de las narrativas que abrigan la vida y se encuentre a la intemperie de sus múltiples acciones sin rumbo, convirtiendo su existencia más en un zumbido que en un pasar. El zumbido es una especie de ruido que viene y va, un constante dar vueltas sin ninguna finalidad. La existencia del ser humano cuando desconoce su venir y pierde la brújula para dirigirse a un dónde, termina en un desesperado zumbido donde impera la desorientación y no la meta. Si el hombre se instala en el

aquí y en ahora termina preso de la provisionalidad, pero si asume su vocación de peregrino tendrá un camino por descubrir y por vivir.

6. ¿Para qué vinimos a esta vida?

Esta tercera pregunta centra su atención en el *venir*. No es un *venir* desprovisto de sentido, a este verbo le antecede el para qué. Según Heidegger (2015) el hombre se encuentra arrojado, no le preguntaron si quería venir a este mundo, pero aquí tiene que proyectarse, la muerte dota de sentido al proyecto. Sartre (2021), ve la existencia como una náusea: la existencia del hombre no tiene ninguna finalidad, el hombre está condenado a inventarse, vive en una constante nebulosa. El cristianismo por su parte considera al hombre un ser a imagen y semejanza de Dios, llamado a cooperar con el creador, aunque frágil, pero en esperanza de un mundo mejor. De acuerdo con lo anterior, el ser humano no ha venido a este mundo a destruir los recursos naturales, ni a pisotear a los otros, sino a formar comunidad y pensar en los otros no como obstáculos a la realización, sino como seres que amplían las posibilidades.

El ser humano puede venir a esta vida desde tres posturas: como un intruso, un dominador o un administrador. La persona intrusa es aquella que no ha sido llamada y resulta metida en asuntos o lugares que no le corresponden. Percibir al hombre como un intruso es considerarlo un extraño y un aparecido en la casa común, además de desconocer su grado de afinidad con los seres vivos que existen en el planeta. No faltan las teorías que ven al ser humano con pesimismo y lo consideran una amenaza para el planeta. Es real que el ser humano tiene gran responsabilidad en la destrucción de los recursos naturales, pero es real también que con su ingenio ha transformado las agrestes condiciones naturales en lugares más amigables con la vida.

Tampoco se puede desconocer que, cuando el hombre viene al mundo como un absoluto dominador sin ningún código ético, son muchas las agresiones que causa al planeta tierra. La sentencia de Bacon (2014), "quien tiene el conocimiento tiene el poder" hoy más que nunca es real. El conocimiento de la naturaleza por parte del hombre en numerosos casos se ha convertido en un motor de dominio, que bajo los cánones del consumismo y del individualismo ha exasperado y explotado los demás seres vivos, a través del acomodo caprichoso de la tecnocracia. Con razón afirmó Guardini (1965): "...el hombre moderno no está preparado para utilizar el poder con acierto" (p. 112) y complementa el papa Francisco (2015) que "...el inmenso crecimiento tecnológico no ha estado acompañado de un desarrollo del ser humano en responsabilidad, valores, conciencia " (art 105) y cuando no hay despliegue del ser tampoco hay crecimiento tecnológico ni desarrollo social.

La tercera postura que manifiesta el sentido del para qué viene el hombre al mundo es la de administrador. Quien administra organiza y no se adueña de las cosas, busca comprender el orden y el *telos* de la casa común. El administrador es alguien que responde a un don confiado por un tú; por

tanto, la actitud del administrador es la disposición de servir con responsabilidad. Quien administra colabora, quien domina impone y quien se entromete maltrata. Cuando el ser humano actúa como un intruso o un dominador, la enemistad entre las cosas y el hombre surge de inmediato. Con razón decía el papa Francisco en su exhortación apostólica postsinodal Querida Amazonía: "Abusar de la naturaleza es abusar de los ancestros, de los hermanos y hermanas, de la creación, y del creador, hipotecando el futuro" (citado en Francisco 2020, no. 42).

Según Heidegger (2015), la estructura fundamental del ser humano es ser en medio del mundo. No es estar como un animal pastando en un potrero, sino habitar y ocuparse de las cosas. El hombre como ser en el mundo *des-olculto, des-vela* los entes haciéndoles patentes sus posibilidades. En el ser encontramos su utilidad, pero la utilidad se presenta como una cadena de útiles, cada uno está referido a otro. En este sentido, la silla tiene su razón de ser en cuanto está referida a la mesa; la mesa, al computador; el computador, a la mano; y la mano, a la persona que habita este mundo. Somos el ahí del ser. Ser el ahí del ser, más que un privilegio, es la vocación al cuidado de lo otro y de los otros. En consecuencia, el hombre ha venido a la vida a cuidar toda la vida y todas las vidas y está llamado a habitarla no como un dominador déspota, ni tampoco como un intruso anárquico que irrespeta las leyes de las cosas, sino como un administrador que busca conocer y embellecer lo encontrado y dado en la casa común.

7. ¿Para qué trabajamos y luchamos?

El énfasis en esta cuarta pregunta está en el *para qué*. Quien tiene un para qué encuentra un cómo, decía Nietzsche. Si el trabajo y la lucha por la vida no tiene ningún sentido, de inmediato cae en la prisión del nihilismo. Para Esquirol Calaf (2015) la expresión *nihil* proviene de dos palabras: *ne-hilum*, sin hilo, sin relación, sin nexo. Quien trabaja y lucha sin un para qué es alguien que ha perdido el hilo que une su ser y su existir. El drama del hombre contemporáneo consiste en la pérdida del hilo que une su ser con su hacer y su ser con el mundo. Cuando el hilo se rompe, el quehacer del hombre, más que una fuente de realización termina siendo una pesadilla o una autoexplotación.

Camus (2021), en su ensayo *El mito de Sísifo*, afirma que los dioses condenaron a Sísifo a empujar eternamente una roca hasta lo alto de una montaña. Cuando la piedra estaba en la cima volvía a caer por su propio peso, y esto se repetía día tras día. Los dioses pensaron, con cierta razón, que no hay castigo más terrible que el trabajo inútil sin esperanza. ¿Existe el trabajo inútil? Según Camus, un trabajo es inútil cuando me hace un fugitivo de mí y no me confronta con el destino de la existencia. Para quien no tiene esperanza, todo le resulta inútil y absurdo en la vida. El trabajo, por tanto, no es expresión del absurdo de la vida, sino del sentido de la existencia.

En el relato *El mito de Sísifo* aparece también otra expresión que presenta un horizonte interpretativo: "su roca es su casa" (Camus, 2021, p. 132). La roca es el objeto de trabajo con el cual

todos los días el hombre se encuentra y se enfrenta. La roca es tosca y amorfa, sin vida y sin movimiento ¿cómo puede ser un objeto de estos una casa? La respuesta no está en el objeto como tal, sino en lo que se hace con el objeto, de la roca se puede hacer una casa. Retomando a Heidegger, se puede decir que el trabajo es la casa del hombre y el trabajo es el pastor del ser humano; de cada persona depende ver el trabajo como una tragedia, porque lo ve como su destino, o habitar el destino haciendo de la roca una casa. El ser humano está llamado, a través de su trabajo, a convertir las situaciones agrestes en existencias habitables dadoras de sentido.

Camus termina *El mito de Sísifo* con una ironía sabia y desafiante: “hay que imaginarse a Sísifo feliz” (Camus, 2021, p.133) ¿Puede el hombre ser feliz haciendo lo mismo todos los días? El problema no está en hacer todos los días lo mismo. La vida es rutinaria, lo novedoso es lo extraordinario, lo cotidiano es lo ordinario; la clave está en la esperanza de lo que a diario se realiza. Se pueden hacer mil y mil cosas; ser el gerente de la mejor empresa, ser los mejores innovadores en el mercado, los seres más solidarios en la comunidad, pero si no tenemos un porqué esperanzador, las acciones solo serán expresiones vagas de un vacío existencial sin destino.

Según Han (2018), la sociedad del siglo XXI se caracteriza por el rendimiento y no por la disciplina. Mientras que el verbo que identificaba a la sociedad disciplinaria era *obedecer*, la sociedad del rendimiento se identifica por el *poder*. El sujeto del rendimiento hace alarde de su absoluto “yo puedo” y termina sin darse cuenta en la autoexplotación que produce un sujeto cansado y estresado que nutre la sociedad del cansancio. Las exigencias sociales positivistas, entre ellas económicas, emocionales y relacionales, atrapan de tal modo al sujeto que su vida se convierte más en un dispositivo de consumo que en una fuente de vivencias empáticas.

La sociedad con su imperativo; “tú puedes”, “tú tienes que ser feliz” y “tú, para ser feliz, necesitas tener y hacer esto”; lanza al sujeto como un lobo feroz a trabajar cuando lo que hace es devorarse a sí mismo, y el sujeto que se devora en sus labores devora también la sociedad. De acuerdo con lo que expone Han (2018), el papa Francisco (2015), al ver las desviaciones con respecto al trabajo, propone un trabajo “...donde se pongan en juego dimensiones de la vida como la creatividad, la proyección del futuro, el desarrollo de capacidades, el ejercicio de los valores, la comunicación con los demás y una actitud de adoración” (art. 127).

De acuerdo con lo anterior, se hace necesario repensar la relación que tiene el hombre con el trabajo, pues el trabajo en un buen sentido realiza a la persona y transforma el medio ambiente, pero en otras ocasiones vuelve al hombre un esclavo de sí mismo y de su pretendida felicidad.

8. El ser humano no tiene límites, pero ser humano significa respetar los límites. ¿Para qué nos necesita esta tierra?

Esta pregunta está centrada en la expresión "*necesita*" ¿Seres necesarios o innecesarios? He ahí el dilema. Existen cosmovisiones que ven al ser humano como la cima y el centro del planeta tierra, estas visiones dan origen al antropocentrismo. Otras, en cambio, según el papa, ven al ser humano como un ser vivo más del planeta dando paso al biocentrismo que concibe al hombre desprovisto de sus capacidades peculiares de conocimiento, voluntad, libertad y responsabilidad ¿Qué sería de la tierra sin el ser humano? Simplemente una madre sin el hijo, un mundo sin interpretación. Así pues, la madre ayuda a hacer crecer al hijo y el hijo cuando reconoce su filiación más cuida su madre.

En 1885, el jefe Seattle, de los nativos piel rojas de Estados Unidos, respondió una carta al presidente Franklin Pierce sobre los principios de convivencia del ser humano con la naturaleza, al respecto escribió: "...la tierra es nuestra madre. Todo lo que le ocurra a la tierra, les ocurrirá [...] a los hijos de la tierra" (p.5). De modo que, si el hombre es un hijo de la tierra, más que adueñarse de la tierra está llamado a respetarla y cuidarla. De igual manera, si la madre es saludable el hijo participa de la salud de la madre, más aún ningún hijo se adueña de su madre, tampoco la violenta, la comprende y la complace. La relación no es de poder, sino de reciprocidad en la ternura. Entonces ¿para qué nos necesita la tierra? Para cuidarnos mutuamente.

La vida necesita ser cuidada porque la vida misma es un ecosistema expresado en un tejido no tejido por el hombre; el hombre es un hilo más dentro del tejido. En este sentido afirmó el Jefe Seattle: "El hombre no ha tejido la red que es la vida, solo es un hilo más de la trama. Lo que hace con la trama se lo está haciendo a sí mismo" (p. 5). Cuando el ser humano cree que su misión es tejer el ecosistema y no se considera un hilo dentro del ecosistema, arruina el tejido de la vida y se arruina a sí mismo ¿Para qué nos necesita la tierra? Para seguir siendo parte del tejido, es decir, una indelicadeza en la puntada atrofia el tejido. En consecuencia, el planeta tierra necesita del ser humano y el ser humano necesita del planeta, ambos están llamados a tejer el tejido como encuentro y solidaridad mutua. En definitiva, si el hombre se instala termina preso de la provisionalidad, pero si asume su vocación de peregrino tendrá un camino por descubrir y por vivir.

Conclusión

El preguntar del ser humano cuando es profundo, no solo abre un proyecto existencial con sentido, sino que también cuestiona la forma como prepara y cuida la casa común para las nuevas generaciones. Hoy más que nunca es necesario ahondar en nuestras reflexiones sociales y antropológicas sobre el concepto de justicia y solidaridad intra e intergeneracional, dado el individualismo que padecen muchas sociedades. Esto indica la necesidad de un mayor diálogo

responsable y de una mejor comprensión de la casa común, como madre y hermana y la importancia de asimilar mejor los conceptos de cuidado y común en relación intergeneracional.

Teniendo en cuenta lo anterior, se hace necesario mantener vigentes las cinco preguntas que, aunque son de corte existencial, tocan la fibra de la responsabilidad, no solo con el sentido de vida de cada persona sino también con la responsabilidad social tanto intra como intergeneracional. Por lo tanto, el accionar del ser humano debe buscar humanizar a cada persona y proteger todos los seres vivos y en esta perspectiva salvaguardar los derechos de las nuevas generaciones que aún no conocemos pero que desde aquí y el ahora ya hacen parte de la casa común.

En este sentido, el hombre necesita cuidar toda la vida y todas las vidas desde una perspectiva eco-solidaria humanista y, está llamado a habitarla y no dominarla despóticamente, sino que está convocado a administrarla como el cuidador que embellece y enriquece lo encontrado. Es urgente, entonces, repensar el puesto y la misión del hombre en relación con la casa común y en esta perspectiva superar el imperativo capitalista de producir y consumir, la persona no solo trabaja para realizarse, también busca habitar e interactuar con el medio ambiente, pero en ocasiones absolutiza su accionar y su estar en aras de su idolátrica felicidad individualista que margina las voces de los otros seres vivos y de las otras personas cuyas necesidades básicas no han sido satisfechas. En suma, si el hombre se instala de forma individualista termina preso de la provisionalidad y la inmediatez, además puede adueñarse y maltratar la casa común sin pensar en los otros, pero si asume su vocación de peregrino tendrá un camino por descubrir y una casa para vivir el y las nuevas generaciones.

Reconocimientos

Este artículo hace parte del proyecto de investigación “De la desorientación ética generada por la mentalidad moderna a una vida en equilibrio personal y social en el contexto de la postpandemia. Reflexión desde una perspectiva personalista”. Realizado por la Universidad Pontificia Bolivariana y la Universidad Católica de Oriente.

Referencias Bibliográficas

- Bacon, F. (2014). La Nueva Atlántida. En *Utopías del Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica.
- Beorlegui Rodríguez, C. (2004). *Antropología filosófica. Nosotros: urdimbre solidaria y responsable* (2ª ed.). Universidad de Deusto.
- Boff, L. (2009). La tierra como Gaia: un desafío ético espiritual. *Concilium* (Estella), (331), 27-36.
- Boff, L. (2004). *Ética y moral. La búsqueda de los fundamentos*. Sal Terrae
- Camus, A. (2021) *El mito de Sísifo*. Random House.
- Esquirol Calaf, J. M. (2019) *La resistencia íntima. Ensayo sobre de una filosofía de la proximidad*. Acantilado.

- Fayos Febrer, R. (2017) Presencia e influencia de Romano Guardini en Laudato si. En J. G. Delgado Martínez (Comp.), *Memorias de eventos. Jornada académica Laudato si. El cuidado de la casa común* (pp. 45-58) <https://bit.ly/3Oq19iz>
- Francisco. Vaticano II. *Laudato Si'. Carta Encíclica, sobre el cuidado de la casa común*. 24 de mayo de 2015. <https://bit.ly/3nK9BuE>
- Francisco. Vaticano II. *Querida Amazonia. Al pueblo de Dios y a todas las personas de buena voluntad. Exhortación apostólica postsinodal*. 02 de febrero de 2020. <https://bit.ly/44cN2ms>
- Guardini, R. (1965). El ocaso de la edad moderna. Un intento de orientación (J. G. Mariscal, Trad.). Castilla. <https://bit.ly/45pKMJC>
- Han, B.-C. (2015). *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Herder.
- Han, B.-C. (2018). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Han, B.-C. (2021). *No-cosas. Quiebras del mundo de hoy*. Taurus.
- Heidegger, M. (2015) *Ser y Tiempo* (J. E. Rivera Cruchaga, Trad.) (5a ed.). Universitaria.
- Laín Entralgo, P. (1978) *Antropología. de la esperanza*. Punto Omega.
- Levinas, M. (1997). Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad (D. E. Guillot, Trad.) (4a ed.). Sígueme
- Marcel, G. (2002) *El misterio del ser, El dardo, La sed, La señal de la cruz* (M. Parajón Díaz, Trad.) (Vol. 1, Obras selectas). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Martínez Martínez, J. L. (2015). Laudato si. Y la cuestión socio-ambiental. Clamor de la tierra y de los pobres. En E.S. Giménez-Rico (Ed.), *Cuidar de la tierra, cuidar de los pobres. Laudato si desde la teología con la ciencia*. (pp. 23-50). Sal Terrae.
- Morin, E. (2021) *Cambiamos de vía. Lecciones de la pandemia* (N. Petit, Trad.). Paidós.
- Ortega y Gasset, J. (2004). *Obras completas: 1926/1931* (Vol. 4). Taurus.
- Ortega y Gasset, J. (2010). *Obras completas: 1941/1955* (Vol. 6). Taurus
- Prieto Santamaría, M. D. (2020) *La Encíclica Fratelli Tutti y fundamento antropológico de fraternidad. Proyección (Granada)*, (279), pp. 427-443 <https://bit.ly/3E0U7vO>
- Sartre, J. (2021). *La náusea* (A. Bernárdez, Trad.). Comcosur.
- Sealth, N. (1855). Carta del Gran Jefe Seattle, de la tribu de los Swamish, a Franklin Pierce Presidente de los Estados Unidos de América. <https://bit.ly/459Pw6l>
- Siqueira, J. E. (2001) El principio de responsabilidad de Hans Jonas. *Acta bioethica*, 7(2), 277-285. <https://doi.org/10.4067/S1726-569X2001000200009>

Para citar este artículo bajo norma APA 7a ed.

Ramírez Valencia, J. R. y Fernández, L. F. (2023). *Laudato Si': cinco preguntas existenciales para un diálogo intergeneracional. Cuadernos de teología – Universidad Católica del Norte (En línea)*, 15: e5877. <https://doi.org/10.22199/issn.0719-8175-5877>



Copyright del artículo: ©2023 J. R. Ramírez y L. F. Fernández



Este es un artículo de acceso abierto, bajo licencia Creative Commons BY 4.0.